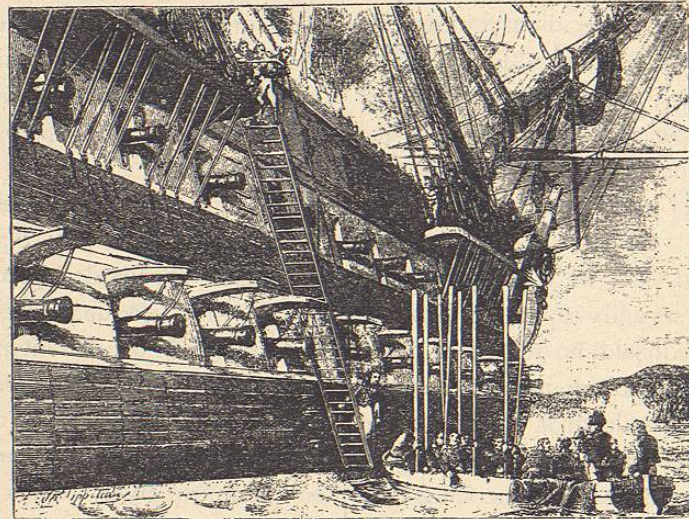


el que juraba mantener la Carta, pero con esto el entusiasmo por su causa no venía, nadie mostraba deseos de sacrificarse por ella, y los valientes artículos de Benjamín Constant en contra de Napoleón publicados en el *Diario de los debates*, no encontraban eco.

Convencidos los cortesanos de que era imposible resistir á Napoleón, decidieron que el rey escapase de París, saliendo en efecto, en la noche del 19 al 20 de Marzo de las Tullerías Luís XVIII con todos sus parientes, bien convencidos esta vez de que no habían de volver á verlas. En el mismo momento



Embárcase Napoleón para Francia

La fe en la buena estrella de Napoleón renacía en todas partes. Su prodigiosa restauración, ¿no era un signo de que iba á recobrar su antiguo esplendor? Sólo á los hombres de gran alcance político les parecía dudoso lo que veían, sólo ellos estaban convencidos de que la vuelta de Napoleón significaba la vuelta de los aliados y la definitiva y fatal campaña de Francia desmembrada y abatida contra la coalición europea. Para éstos era necesario disponerse resueltamente para esta suprema lucha, y estos hombres, los menos imperialistas de todos, eran los que estaban precisamente más dispuestos ahora á sacrificarlo todo á Napoleón. Carnot le sacrificó todo su pasado y se encargó del ministerio de la Gobernación, Davout le sacrificó todas sus quejas y aceptó el ministerio de la Guerra. Estos dos hombres eran una garantía, un programa, programa de orden, reformas y libertad que Napoleón se esforzaba en acreditar con sus discursos, pues aunque á su lado reapareció Fouché como ministro

en que esto sucedía, Napoleón entraba á descansar en el mismo cuartel y en el mismo lecho en el cual había buscado un año antes la muerte.

Mientras Luís XVIII marchaba por el Norte de Francia esperando llegar cuanto antes á su retiro de Inglaterra, Napoleón marchaba de Fontainebleau á París en donde se presentó de improviso el 20 por la tarde sin más séquito que algunos de sus generales y sin más escolta que algunos coraceros, entrándole en las Tullerías en brazos los militares á quienes la restauración había dejado de reemplazo.

de policía, no debe olvidarse que últimamente este tunante se había metido en conspiraciones para liberalizar al rey caído.

Otro gran hombre hasta aquí enemigo sistemático de Napoleón, unía éste á su causa. El amigo de la hija de Necker, de la señora de Staël que se había marchado de París antes del 20 de Marzo para conformarse con las antiguas órdenes de destierro de Napoleón y que había dicho al despedirse, «si Napoleón triunfa, adiós libertad, y si es vencido ¡pobre Francia!» Benjamín Constant, el redactor del *Diario de los debates*, era denunciado á Napoleón en su escondite y por éste llamado para que redactase la Carta liberal ó constitucional del imperio. Benjamín Constant, tan convencido como Carnot de los peligros que amenazaban á Francia se entregó, el que nunca había sido imperialista al hombre que ahora la encarnaba.

Constant se entregó con ardor á su trabajo en la creencia de que su obra se había de presentar á la

discusión de las Cámaras, esta discusión constitucional la esperaba el público, pero Napoleón no iba tan lejos, era su Carta la que él había confiado á Constant que redactase y Constant cometió la insignificante debilidad de conformarse al saber por boca de Napoleón que su obra se intitularía «Acta adicional á las Constituciones del imperio.» Pero si Benjamín Constant era un liberal, no era un democrata, y su Acta adicional resultaba doctrinaria y antirevolucionaria, como que organizaba un Senado

hereditario, cuando precisamente se necesitaba en aquellos días de una Constitución eminentemente popular que volviera á Francia á los grandes días de 1792, ya que los peligros que ahora corría eran los mismos. Constant no podía ir tan lejos y Napoleón tampoco hubiera avanzado tanto, pues á su alrededor los hombres del imperio, los imperiales ejercían de ultras, abominando de todo lo que veían y de que estuvieran en los primeros puestos los hombres enemigos del imperio ó menos adictos al



CORONEL LA BÉDOYÈRE

emperador. Y aún se buscaba la adhesión de otros no menos significados.

Querían unir ahora al imperio el gran nombre de Lafayette quien durante toda la gran época de Napoleón había vivido en París sumamente retirado. El patriota de 1789, veía tan bien claros los grandes peligros que amenazaban á Francia, pero puso á su adhesión una condición, y esta era la inmediata reunión de las Cámaras que Napoleón iba difiriendo. Napoleón cedió y las Cámaras fueron convocadas el 30 de Abril, debiendo reunirse el 3 de Junio para constituirse. Adelantemos un hecho para terminar con este trabajo de rodear al imperio con hombres de prestigio, para hacerlo ahora popular y no cesarista, y para admirar el civismo de los que sabían sacrificar á un hombre que les había sido traidor, que les había perseguido y hecho cuanto

daño había podido, sus rencores y sus agravios para salvar á Francia y con ella la libertad.

Al reunirse las Cámaras había pretendido Napoleón que para el Cuerpo legislativo, fuera elegido su hermano Luciano. ¿Acaso éste no había hecho siempre la oposición á su política? ¿No había estado siempre alejado del imperio? ¿Qué más se podía pedirle? Pero la Cámara no razonó como un Napoleón, sino como convenía á los que querían ser libres y rechazó la candidatura del presidente del 18 brumario, eligiendo al girondino Lanjuinais, al hombre que había en el Senado de Napoleón combatido siempre su política, al hombre que había redactado el Acta adicional del Senado al restaurarse los borbones. Incomodóse por ello fuertemente Napoleón y seguro es que en sus días de omnipotencia hubiese cometido una barrabasada, pero ahora le eran

forzoso temperamento más moderado, y antes de resolverse mandó llamar á Lanjuinais preguntándole, una vez le tuvo en su presencia, «si era bonapartista ó borbonista» á lo que contestó, «soy *patriotista*; la causa de la Revolución está hoy unida á la vuestra; bajo las condiciones de la monarquía constitucional, os sostendré francamente.» Este era el lenguaje que tenía que sufrir ahora Napoleón de sus más elevados defensores.

Así se comprende que durante este período de los cien días, no fuera Napoleón ni sombra de lo que había sido. Se sentía fuera de su órbita, se veía obligado á atender á todo el mundo, y por esto de todo el mundo se aconsejaba, y su indecisión, esta indecisión que jamás se le había conocido, y que tan incompatible era con su carácter, no tenía otra causa que este continuo tener que dominar sus pasiones y su carácter, para atemperarse á las circunstancias. Esta situación moral del hombre que al hacer la reconquista de su imperio se encuentra poco menos que convertido en general Bonaparte, se fué agravando á medida que se fué haciendo más sombría su situación política.

Luis XVIII no se había refugiado en Inglaterra, sino en Bélgica. Al llegar á Lille, sus leales le aconsejaron que se mantuviera cuanto le fuera posible, en territorio francés, para que no se dijera que su segunda restauración era obra de los aliados que se acercaban á la frontera y éstos leales eran Mortier y Macdonald. Pero fué imposible permanecer en Lille, cuya guarnición demostraba cada día mayores deseos de secundar á sus compañeros de armas, que resolvió abandonar á Lille. Los mariscales propusieron entonces la entrada á Dunkerque, pero los cortesanos no se creían seguros en Francia y ardían en deseos de ganar el país extranjero y ponerse bajo la protección de las bayonetas extranjeras. Los mariscales no consintieron en ser traidores ni á la Revolución ni á su patria, al llegar á la frontera se despidieron de su rey y regresaron á su destino. El duque de Orleans comprendió también que esta nueva emigración podría ser tan comprometedor como la primera y quiso de nuevo separar su causa de la de sus borbones, en su consecuencia pidió permiso para retirarse á Inglaterra y cruzó el estrecho —24 de Marzo.—En el Norte de Francia, pues, la restauración imperial se había hecho también sin disparar un tiro.

No fueron las cosas tan bien en el Mediodía, en donde como ya sabemos la población era muy realista. Burdeos, Tolosa y Marsella mantenían la causa de los borbones.

En Burdeos la duquesa de Angulema, mereció que de ella dijera Napoleón «que era el único hombre de la familia,» pero Burdeos lo mismo que Tolosa, se pasaron al presentarse delante de sus casas los generales imperiales con un puñado de soldados, —1 y 4 de Abril.—El duque de Angulema, á quien Napoleón quiso rebajar inútilmente ensalzando su mujer, había salido al campo al frente de un pequeño cuerpo de ejército que fué internándose desde Marsella, Rhódano arriba con verdadera imprudencia hasta topar con el general Grouchy que le batió y arrojó á Montélimart en donde hubo de capitular el 8 de Abril á condición de embarcarse con los leales que quisieran seguirle. Este fué el fin de la primera restauración de los borbones que no había podido durar más de un año mal contado.

Aunque parezca increíble, Napoleón llegó á creer por momentos que los aliados le dejarían reinar en paz en Francia y esta creencia paralizó en los primeros momentos su actividad. Cuando se convenció de lo contrario, entonces se sintió cohibido por la enorme responsabilidad que había cargado sobre sus hombros.

Llegó á Viena la noticia del desembarco de Napoleón el día 13 de Marzo, cuando, como ya hemos dicho, estaban á punto de dividirse los aliados en dos campos y dispuestos á dirimir sus diferencias por las armas. La terrible noticia les unió á todos, y Alejandro respondió á los reproches que se le dirigieron por haber llevado y sostenido á Napoleón en la Isla de Elba, que ahora si era preciso sacrificaría hasta su último soldado para destruir á Napoleón.

Talleyrand logró que los aliados hicieran suya la declaración de Luis XVIII del 6 de Marzo, declarando á Napoleón fuera de la ley, «como enemigo y perturbador de la paz del mundo.» En su consecuencia, fueron detenidos y obligados á retroceder los correos que Napoleón enviaba á Viena con la esperanza de atraer á su causa á su suegro. Los aliados, en fin, renovaban en 25 de Marzo el pacto de Chaumont del año anterior. La guerra, pues, quedaba declarada y era necesario por consiguiente que Napoleón no pensase en otra cosa mas que la guerra.

Pero la guerra nadie la quería fuera de Alemania que como en 1813 se puso en pié con la mayor decisión. Los que habían visto su independencia y su nacionalidad destruida por «el tirano de Europa,» no estaban dispuestos á darle tiempo para hacerse fuerte hasta ponerse en estado de poder desmembrarla como antes.

En Inglaterra la guerra era hasta impopular. La

conducta de los borbones en Francia y en España había disgustado fuertemente á aquel pueblo liberal, y no estaba ahora dispuesto á batirse de nuevo por gente y por una causa que aborrecía. Pero su representante, Wellington, que había reemplazado á Castlereagh en Viena, había firmado el 25 de Marzo la renovación del pacto de Chaumont comprometiendo á Inglaterra. Por otra parte, el partido conservador quería la guerra con Napoleón y la querían el gobierno y Castlereagh, que para arrancar la declaración al Parlamento se valió de todos los medios.

Principió por engañar el Parlamento y al país declarando que la guerra no iba á hacerse para restaurar de nuevo á los borbones, sino para asegurar la paz siempre comprometida si se dejaba á Napoleón en Francia, y como la oposición pidiera una declaración solemne de que el gobierno estaba por la paz, Castlereagh logró que la mayoría del Parlamento votase en contra continuando jugando con el equívoco, pues, declaró que no significaba en modo alguno la guerra el que se rechazase lo propuesto por la oposición. Y como si se quisiera dar pruebas de sinceridad, se ordenó á los buques ingleses que no hicieran fuego contra el pabellón francés, y el mismo Wellington que había llegado á Bélgica de regreso de Viena, impidió con energía que se hiciera demostración alguna contra las fronteras de Francia por aquella parte.

Esta lucha entre la opinión pública y la política del gobierno inglés, era lo que principalmente mantenía en Napoleón la ilusión de no tener nuevamente la coalición europea en frente, pues, en España no se hacía nada para reanudarla de una manera seria, y sin Inglaterra no podía ser tan temida como antes. Pero esta ilusión se desvaneció el 28 de Abril de 1815. El gobierno inglés no había podido impedir la publicación del tratado de Viena de 25 de Marzo, y por consiguiente su engaño resultaba manifiesto. La batalla parlamentaria se dió en aquel día y el gobierno la ganó, la paz con Napoleón era imposible, la guerra era una necesidad. Esta fué la base de la argumentación del discurso de Castlereagh y una gran mayoría votó la guerra.

Napoleón había de sobras comprendido que fuera de los que habían sido perjudicados por la restauración, los únicos que estaban resueltamente á su lado eran los que comprendían que en aquellos días Napoleón representaba la causa de la revolución. Desencadenar de nuevo la revolución en Francia, resucitar el entusiasmo y el ardimiento patriótico de 1792, dejar el gobierno franco y resueltamente

en manos de los hombres que habían organizado la victoria para no volver á ser él mas que el general que iba de nuevo á encadenarla á sus banderas, tal había de ser la política y el objetivo particular de Napoleón. Pero él no consintió en abrir las válvulas sino á medias. Los cantos patrióticos, la Marsellesa resonó de nuevo en las plazas y en los campamentos, los pueblos, especialmente los bretones, se federaban de nuevo para defenderse contra los enemigos interiores y exteriores; el pueblo bajo parisién, la gente de sus barrios se alistaba; veinticinco mil hombres tomaban las armas y Napoleón les pasó revista el 14 de Mayo, despidiéndoles al grito de ¡Viva la nación! pero aquella gente desfilaba sin armas, y Napoleón no se las dió nunca, como tampoco se las envió á los federados de Lyon. Napoleón no quería mandar federados como cuando no era mas que Bonaparte, lo que él quería eran soldados.

Los soldados no venían. Luis XVIII al huir había herido de muerte á Napoleón lanzando contra el usurpador un decreto, por el cual declaraba disuelto el ejército.

Napoleón encontraba en Francia sobre las armas á doscientos veinticuatro mil hombres, amén de unos cuarenta mil más retirados á sus casas con licencia ó en los hospitales. Como núcleo, era un núcleo formidable, y como Francia, estaba llena de soldados; él no creía imposible reunir para entrar en campaña á quinientos mil hombres, máxime cuando siendo imposible pensar en hacer la guerra marítima, se podía desde luego englobar la marinería en el ejército terrestre.

Desde el 9 de Abril se puso Napoleón á trabajar para organizar su ejército, pero con el desmayo de que ya hemos hablado. Las noticias del avance de los aliados sobre la frontera francesa aumentaba su desaliento, y esto que contaba que sus enemigos no podían abrir la campaña mas que con cuatrocientos mil hombres.

Llamó, pues, en dicho día á las banderas, á todos los hombres que de ellas se habían separado, y el 13 llamaba á todos los militares retirados. Al mismo tiempo se daban órdenes para organizar veinte batallones de marinos.

El llamamiento hecho á los militares retirados dió veinticinco mil hombres que podían ser considerados como la gente más adicta y más militar del mundo; la marinería no dió mas que una veintena de miles de soldados, y es que el desencanto venía tras de la ilusión.

Si Napoleón lejos de decir que contaba con el